

Tarde de Asturias

Tierra de Asturias, verde, olorosa, al borde del camino. Un día gastado en viejas iglesias pre-románicas y, en lo que salga al pasar, sorprendente hallazgo de la infatigable curva de paisaje. Pueblos diminutos, agazapados tras la innumerable fronda: castaños, alisos, chopos, abedules, tilos, eucaliptos, anchas pomaradas peinadas de viento. Salimos del Puerto Sueve, niebla en lo alto. Desde el Collado de la Llama, al Sur, la cordillera crece entre silencios, mientras una horizontal de nubes oculta las cimas. Al Norte, la línea del Cantábrico se levanta, dura, abrigada en su propio azul compacto.

La carretera desciende suavemente las laderas del Sueve. Caseríos dispersos, maizales rumorosos, praderías recién segadas, viento mojado de las playas. De vez en cuando, el quiebro de unas lomas se llena del susurro de un agua tumultuosa, escondida entre castaños. Frío, frío en agosto. La vista se cuelga, tranquilidad absoluta, en cada recodo del camino, de estas capillitas humildes, toscas, desconchadas de humedad, que se acogen al refugio de una resolana. Los perros salen, nerviosos, de debajo de los hórreos, y el canto de un gallo quebranta el sosiego terso de la hora. En la extremidad del valle, ya en el mar, Colunga, verde y rosa, se recuesta entre eucaliptos. A la entrada del pueblo, grupos de veraneantes pregonan, vestir llamativo, gestos suficientes, su pegadiza condición.

Priesca, junto a Villaviciosa, en una loma que domina la entrada de la ría. Una carreterita modesta sube, tortuosa, hasta la iglesia. Diminuta, asombrosa, emocionante, la vieja basílica de San Salvador de Priesca, consagrada en los primeros años del siglo X. La cabecera, sobre todo, es de una impresionante belleza, más clara y ceñida que en San Julián de los Prados, su hermana de Oviedo. Los tres ábsides planos, tradicionales en esta arquitectura, se ofrecen desnudos, ajimeces al aire, capiteles limpios. Una brisa de —144→ enhiesta soledad envuelve a la iglesia de Priesca, mar a lo lejos, un viejo carro cantando en la quintana llena de sol.

Villaviciosa, aseadita, con sus calles irregulares, donde las viejas casonas doran al sol añejos escudos. Aleros generosos, balcones de noble barandilla y corredores de recia madera envejecida. La urbanización moderna, pulcra, cuidada, no ha logrado quitarle su aire recoleto. Delante de sus calles vacías se adivina aún un vivir hacia adentro, de cafés deslucidos, de reboticas cálidas de conversación y machacona tertulia, de tiendas oscuras y familiares. Las actitudes provocativas y exageradas de los veraneantes no quebrantan el sosiego de los hombres, que, guadaña al hombro, van silbando *Asturias, tierra querida* camino de los prados crecidos. La iglesia de Santa María, caliente miel en la tarde crecida, tiende al sol su pórtico gótico, su alto rosetón.

Villaviciosa, en día que no haya mercado, es otro prodigio de silencio.

San Juan de Amandi se levanta sobre una cresta, muy cerca de Villaviciosa, camino del Infiesto. La iglesia ha sido rehecha en el XVII y arreglada en el XIX con verdadero primor. Su claustro exterior domina las cuestas que conducen hasta el pórtico, y, detrás de las puertas antiguas, una nave blanca, desnuda, denuncia buen gusto y mimo al cuidarla. El ábside, maravilloso ejemplar románico del siglo XII, se ofrece perfectamente a la contemplación. Nada de imágenes estorbadas, ni de vanas

decoraciones. El ábside habla por sí solo con la elocuencia de sus capiteles, de sus arquillos y ventanales.

Y, como en todas partes, silencio y soledad. Desde lo alto del pórtico se oye un murmullo de conversaciones. Unos obreros arreglan unas tumbas en el cercano cementerio. Llegan, isócronos, los golpes que afilan la guadaña. Una fresca voz de soltera canta en un sobrado. Llega, tibio, mojado, el viento del mar, que trae, a ráfagas, el clamor de una herrería. El reloj de la iglesia resuena, profundo, en el valle. Y otra vez un halo de silencio envuelve la iglesia modesta, noble, delicada.

San Salvador de Valdediós, *el conventín*, como le llaman los asturianos, es otro maravilloso templo del siglo IX (consagración en 893), pariente cercano de las iglesias ramirenses de Oviedo, Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo. El conventín, anclado en el corazón de un extenso maizal, es una deliciosa iglesita de tres naves y una galería adjunta, de exquisita factura. Todo en el edificio (columnitas, puertas, alfiz, ajimeces, bóvedas) subyuga y emociona por su delicadeza, fragilidad, humildad total y levantada. Acongoja —145→ un poco el espíritu encontrarse con estos portentos de la España cristiana del IX y del X tan poco acompañados, soledad de piedra viva, eficaz, allí, en el balbuceo mejor de nuestra historia. Al lado está el monasterio, algo más moderno, con varias edificaciones sucesivas. La iglesia aún tiene restos románicos, y los grandes claustros han sido hasta hace poco seminario menor de la diócesis. Trasladados los escolares ahora, impresionan la soledad y el abandono del inmenso edificio. Se recorren largos minutos por las resonantes crujías, sobre los sollados llenos de grietas y agujeros, para encontrar -o no encontrar- al único sacerdote que lo habita. La estampa enmudecida del abandono, en lo hondo del valle de Valdediós, en alucinante desamparo, evoca las legendarias visiones de las ciudades despobladas, o a punto de ser sumidas por un pantano. San Salvador de Valdediós, otro quieto prodigio brotando de la niebla.

Ría de Villaviciosa adelante, hacía el mar, se alcanza El Puntal, embocadura de la ría, y Tazones, pueblecillo de pescadores hundido en un embudo de la costa. En este lugarejo insignificante pisó tierra española por vez primera Carlos I, el Emperador, cuando, aún mozo, vino a España a hacerse cargo de la increíble herencia de sus abuelos. Desde el Puntal, la tierra asturiana comienza a elevarse en suaves lomas, guarnecidas de intenso arbolado. ¿Cómo sería aquel septiembre de 1517, cuando llegó el Emperador? ¿Qué impresión le produciría? No tengo a mano, ahora al escribir, crónica ni narración alguna del reinado, pero seguramente no registra ningún humanista del tiempo la hondura verdinegra de los castañares, ni la escueta sencillez amarilla de la playa de Rodiles, ya entonces acostada al cobarde sol del Norte.

Volviendo por la costa hacia el Este se llega a Lastres, pueblecito de pescadores en la desembocadura del río Colunga, cauce que baja del Suevo. Lastres trepa su pintoresco callejero montaña arriba, en inverosímil geometría de rojos, grises, verdes, azules, encaramándose en vueltas y revueltas, gozo rotundo de su propio existir. Los mástiles de los barquichuelos de pesca se asoman en lo hondo, entre las primeras hiladas de casas, levantadas en indecible equilibrio unas sobre otras. Lastres, al viento del Cantábrico, revela sin que sepamos en qué ni por qué, una honda alegría contenida, sana, satisfecha.

Y, río arriba, otra vez el campo accidentado del Sueve. (En las cumbres —146→ quedan todavía caballos salvajes, quizá descendientes de los famosos asturcones, de que hablan los autores latinos.) En la paz del atardecer lentísimo, el chirriar de las carretas es la única sensación de vida humana que desprende el paisaje soñoliento. Grandes nubes inmóviles se acuestan en las laderas de la montaña, dejando al aire las cumbres, silencio apretándose. Tarde de Asturias, recogida, descendida intimidad, verano adentro. Nada más lejos de estas iglesias pequeñas que la pompa grandilocuente de las catedrales o las abadías de Castilla, ni nada menos cercano a estas lomas verdes que la sequedad amarilla de la meseta, extendida al sol implacable. Sin embargo, es un dulce prodigio ver cómo nace aquí, en estos valles y en esas iglesias pobres, protegidas por tupidos robledales, la primerísima hebra de la casta.

Tierra de Asturias, verde, olorosa, al borde del camino.